XIX Domingo del Tiempo Ordinario/C

Donde está tu tesoro está tu corazón

Hoy el evangelio nos dice: "Busquen más bien el Reino, y todas las cosas se les darán por añadidura" (Lc 12,30-31). Según esta enseñanza de Jesús, el Reino de Dios es el Bien absoluto, en cuya comparación todo lo demás no merece otro nombre que "añadidura". Sólo el Reino de Dios merece ser buscado: "Busquen más bien su Reino". San Juan de la Cruz no concedía a las demás cosas ni siquiera un pensamiento: "Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él" (Dichos de luz y amor, 32).

Por tanto, la invitación de Jesús no es a cruzarse de brazos y esperar que todo "caiga del Cielo", a dejar de trabajar para conseguir el sustento diario y cubrir las necesidades cotidianas, sino a no dejarse dominar por un asfixiante afán de riquezas o un ritmo de trabajo excesivo que termina por excluir a Dios de la vida diaria. Antes que "ganar" el mundo, el discípulo de Cristo debe preocuparse por conquistar el Reino venidero, la vida eterna. Antes que en el dinero o en las riquezas pasajeras, la confianza debe estar puesta en Dios, pues Él cuida de sus hijos. Lo necesario no les faltará jamás. A buscar en primer lugar el Reino de Dios, todo lo demás Dios lo dará por añadidura.

La exhortación del Señor a confiar en la Providencia divina culmina con unas palabras muy alentadoras: "No temas, pequeño rebaño, porque el Padre de ustedes ha tenido a bien darles el Reino". El Reino de Dios es el don más grande que Dios ha dado al mundo, se identifica con la Persona de Jesucristo. A esto se refiere Jesús cuando declara: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3,16). El Reino es el único don digno del amor de Dios. El don que Dios ha hecho a su pequeño rebaño es darle a Jesús como Pastor. Junto con él le llegan todos los demás bienes, de manera que el cristiano, refiriéndose a Cristo puede decir: "El Señor es mi pastor; nada me falta" (Sal 23,1).

¿Cuál es tu tesoro?, ¿Dónde está tu corazón?: donde está tu tesoro, allí está tu corazón (Cfr. *Lc* 12, 34). Tu tesoro puede ser el dinero, oro y joyas, o también cualquier otra cosa o persona a la que finalmente tu corazón está totalmente adherido. Para san Pablo todo lo que antes apreciaba resultó ser "basura" en comparación con el conocimiento de Cristo (cfr. Fil 3,7-8), con el Reino. El mismo apóstol escribe a los cristianos de Roma: "El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?" (Rom 8,32). Cristo es el don supremo de Dios al mundo. Si nos dio este don, con mayor razón nos dará junto con Cristo -como añadidura- todas las demás cosas. Buscar otras cosas, más que a Cristo, es la mayor desgracia del ser humano.

Hay tesoros que no sólo empobrecen, sino, peor aún, degradan al ser humano. Son falsos tesoros, perlas falsas. Por otro lado, hay riquezas que elevan al ser humano a su máxima grandeza. Jesucristo es el mayor tesoro para el ser humano. Al

conocerlo a Él, nos adentramos en el propio conocimiento, descubrimos nuestra propia identidad: ¿quién soy? ¿Cuál es mi origen, cuál mi destino, cuál el sentido de mi existencia? En la amistad con Él aprendemos a vivir la auténtica amistad. Amándolo a Él experimentamos lo que es verdaderamente el amor, y en la escuela de su Corazón aprendemos a vivir ese amor sin el cual la vida del hombre carece de sentido. Él no sólo es la respuesta a todos nuestros anhelos y búsquedas de felicidad, sino que en Él podemos saciar nuestra sed de Infinito. Él es la fuente de nuestra vida, de nuestro amor, de nuestra felicidad. Es decir, en Cristo, al conocerlo, al amarlo, al abrirle las puertas del propio corazón, al "hacerlo nuestro", podemos proclamar: ¡Vale la pena ser hombre, porque Tú, Señor, te has hecho hombre! ¡Y te has hecho hombre para elevarme a mí a la participación de tu misma naturaleza divina! (ver *2 Pe* 1, 4) ¿Puede haber mayor riqueza que esa, una riqueza incalculable que deviene en un "pesado caudal de gloria eterna" (*2Cor* 4, 17)?

Ser sabio y sensato es dar a cada cosa su valor real, en vistas a la propia realización, a alcanzar la propia y eterna felicidad. Como un negociante de joyas: es un buen negociante quien conoce su oficio y por lo tanto difícilmente puede ser engañado con piedras falsas o de poco valor. En cambio, un hombre ingenuo y tonto es capaz de cambiar piedras preciosas por baratijas, oro por espejuelos.

Mi propia realización pasa por la objetiva valoración que haga de los "tesoros" que se presentan ante mí, así como de la opción correcta que haga a partir de esta luz objetiva. El discípulo del Señor Jesús debe tener siempre el coraje de abandonar todo aquello que constituya un obstáculo para su verdadera realización y adherir su corazón, su inteligencia, sus afectos, su voluntad, a lo que es verdaderamente valioso, a lo que finalmente me llevará a "ganar la gloria eterna", ganar a Cristo para siempre.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)